

Domingo 8: El Dios Trino

Preguntas y Respuestas 24-25

Lectura: Mateo 3

Salterios:

Primero: 134:1-3

Segundo: 211:1,3

Tercero: 397:1-6

Cuarto: 183:2

Último: 413:1-2

Querida congregación,

Probablemente Juan el Bautista nunca olvidó aquella hora en que el Señor Jesús fue bautizado y luego salió del agua del río Jordán. En ese momento, algo grande sucedió. En ese mismo momento, los cielos fueron abiertos, y el Espíritu de Dios descendió sobre el Señor Jesús como paloma: *“Y he aquí una voz de los cielos que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”* (Mateo 3:17).

Cuán pequeño debió haberse sentido Juan el Bautista en ese momento. Cuánto debió haberse maravillado por el inefable privilegio de que le fuera permitido estar tan cerca de Cristo —el Hijo de Dios—, de ver al Espíritu de Dios descender y de oír la voz del Padre desde el cielo.

Congregación, qué bendición es poder gustar aunque sea un poco de esa comunión con un Dios Trino y ser guiados al misterio de la salvación que fluye de un Dios que es Uno y, al mismo tiempo, Tres. Que el Señor no les dé ningún descanso fuera de Él, y que Él se convierta en su porción por el tiempo presente y por la eternidad. Que Su Espíritu venga para aplicar la verdad que se confiesa en Su Palabra y que constituye el fundamento de nuestro Catecismo de Heidelberg. Con la ayuda del Señor, queremos considerar el Domingo 8, las Preguntas y Respuestas 24 y 25.

Pregunta 24: ¿En cuántas partes se dividen estos artículos?

Respuesta: En tres: De Dios Padre y de nuestra creación. La segunda: De Dios Hijo y de nuestra redención. La tercera: De Dios Espíritu Santo y nuestra santificación.

Pregunta 25: Si no hay más que una Esencia Divina, ¿por qué nombras tres: Padre, Hijo y Espíritu Santo?

Respuesta: Porque Dios se manifestó así en Su Palabra, de manera que estas tres personas son el único, verdadero y eterno Dios.

El tema del Domingo 8 es:

El Dios Trino

Vamos a ver:

1. Lo que la iglesia confiesa en Los Doce Artículos¹
2. Lo que el Señor revela en Su Palabra
3. Lo que los hijos de Dios experimentan en sus corazones

El Domingo 8 se trata del Dios Trino. Con la ayuda del Señor, esperamos considerar: en primer lugar, lo que la iglesia confiesa en los Doce Artículos; en segundo lugar, lo que el Señor revela en Su Palabra; y, por último, lo que los hijos de Dios experimentan en sus corazones.

Primer pensamiento. Lo que la iglesia confiesa en Los Doce Artículos.

Querida congregación, la última vez vimos lo que es y lo que no es la fe. El Domingo 7 nos mostró las dos perspectivas sobre este asunto. También hemos considerado las cosas que abraza una fe verdadera y salvadora. Nuestro Catecismo dice: “Todo lo que se nos ha prometido en el Santo Evangelio.” Encontramos un resumen de estas cosas en los Doce Artículos de nuestra fe católica e indubitable, la confesión más antigua de la iglesia cristiana en este mundo, a veces llamada el Credo Apostólico. Según la Pregunta 24, estos doce artículos se dividen en tres partes, la primera, “De Dios Padre y de nuestra creación”; la segunda, “De Dios Hijo y de nuestra redención”; y la tercera, “De Dios Espíritu Santo y nuestra santificación.” Así es como el Catecismo divide estos doce artículos.

Según algunos, los últimos cuatro artículos —de la iglesia, el perdón de pecados, la resurrección del cuerpo y la vida eterna— forman una parte separada. Ellos consideran estos cuatro artículos como una división distinta, una cuarta división. Sin embargo, estos últimos cuatro puntos pertenecen a la tercera parte, es decir, la del Espíritu Santo. ¿No es el día de Pentecostés, el día en que el Espíritu Santo fue derramado, el principio de la iglesia del Nuevo Testamento en este mundo? Es imposible hablar de la iglesia separándola de la obra del Espíritu de Dios. Los demás asuntos —el perdón de pecados, la resurrección del cuerpo y la vida eterna— ¿no son beneficios que el Espíritu Santo toma de Cristo y aplica a los corazones del pueblo de Dios? Así que, estos tres beneficios pertenecen a la tercera parte del Credo Apostólico: la de Dios el Espíritu Santo y nuestra santificación.

En los Doce Artículos, la iglesia confiesa su fe en la Trinidad de Dios, o, más bien, deberíamos decir, en el Dios que es Trino. La bendita Trinidad es una realidad viva. No es simplemente

¹ Se refiere a los doce artículos del Símbolo Apostólico, Domingo 7: Pregunta y Respuesta 23.

doctrina, sino una realidad viva. Una fe real en Dios presupone una relación, un vínculo. No es solamente fe en la verdad de la Trinidad; es fe en el Dios Trino mismo.

La primera parte de los Doce Artículos se trata de Dios el Padre. Él es llamado el Creador. Su obra es la creación de los cielos y de la tierra, de los hombres y de los animales, y de todo lo que tiene vida en este mundo. El Hijo también contribuyó a esta obra. No olvidemos esto cuando hablamos acerca de la creación. Por supuesto, Dios el Padre es prominente en la obra de la creación, pero también Dios el Hijo contribuyó a ella. En Juan 1 —por dar un ejemplo— leemos: *“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él [por el Verbo, es decir, por el Hijo de Dios] fueron hechas; y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”* (Juan 1:1-3). Tanto el Padre como el Hijo, y también el Espíritu Santo, contribuyeron a la obra de la creación. El primer capítulo de la Biblia dice que cuando Dios hizo los cielos y la tierra, el Espíritu de Dios se movía (o aleteaba) sobre la faz de las aguas. Leámoslo: *“En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas”* (Génesis 1:1-2). El Espíritu de Dios se presenta aquí como un ave extendiendo sus alas sobre la creación aún desordenada. Sin embargo, es Dios el Padre en particular quien es el Creador. Su obra es preeminente en las primeras páginas de la Biblia. En seis días, el Señor hizo *“los cielos y la tierra, el mar y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día”* (Éxodo 20:11). Esa es la primera parte.

La segunda parte, según nuestro Catecismo, se trata de Dios el Hijo, Aquel que es llamado el Redentor. Su obra es la redención, la liberación y la salvación —la redención de la raza humana caída, la liberación de los pecadores y la salvación de la iglesia de Dios. Esa es Su obra. Pero otra vez, debemos decir que las otras Personas de la Trinidad están involucradas en esta obra. Es Dios el Padre quien diseñó el plan de salvación desde la eternidad y quien envió a Su Hijo a este mundo en el cumplimiento del tiempo. Él también participa en la liberación. Y así también el Espíritu Santo. Es el Dios Trino quien coopera para redimir y liberar a las criaturas pecaminosas del polvo. Esto se expresa de una forma preciosa en la carta que Pablo escribió a Tito. En el capítulo 3, versículos 4 al 6, él dice: *“Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor para con los hombres, nos salvó [se refiere al Padre, la Primera Persona], no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino según su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y de la renovación del Espíritu Santo [es decir, la Tercera Persona], que él derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo, nuestro Salvador [la Segunda Persona]”* (Tito 3:4-6). Sin embargo, la redención es la obra peculiar del Señor Jesucristo. Es el Hijo de Dios quien se hizo hombre, quien vivió en este mundo, quien luchó en amarga agonía y quien derramó Su sangre en Su amor y misericordia indecibles.

La tercera parte del Credo Apostólico se trata del Espíritu Santo. La Biblia lo llama el Consolador. Su obra es la santificación; a saber, la renovación del corazón humano, de la vida humana y de

toda la creación de Dios. Otra vez, debemos mencionar que el Padre contribuye a esta obra de santificación. Leemos, por ejemplo, en 1 Tesalonicenses 5:23: *“Y el Dios de paz os santifique en todo; y todo vuestro espíritu y alma y cuerpo sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo.”* El Señor Jesucristo también tiene una parte en la santificación de Su pueblo. Hebreos 13:12 dice: *“Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo por su propia sangre, padeció fuera de la puerta.”* Sin embargo, esta obra de santificación es específicamente de la Tercera Persona de la bendita Trinidad —el Espíritu Santo. Por eso la Biblia habla de “la santificación del Espíritu”. Santificar es Su obra particular. ¿Qué es la santificación? Podemos describirla como la aplicación de la obra de Cristo en los corazones y vidas de seres humanos pecadores. Él viene con un llamamiento eficaz. Allí comienza todo. Él obra la regeneración o el nuevo nacimiento del cual ninguno de nosotros puede prescindir. Él implanta la fe en el corazón, y lleva a Sus escogidos al arrepentimiento. Él también renueva la vida del pueblo de Dios y los hace perseverar. Tal como la expiación es la obra de Cristo *para* la iglesia, así la santificación es la obra del Espíritu de Dios *en* la iglesia.

Hijos de Dios, Cristo Jesús hizo algo para ustedes —eso es la redención. El Espíritu Santo hace algo dentro de ustedes —eso es la santificación. Estos son dos beneficios que distinguimos, aunque, a la vez, debemos mantenerlos juntos. Donde el Señor obra uno, también obrará el otro. Cuando el Señor llamó a Zaqueo, esta obra se manifestó inmediatamente en su vida por los frutos observables. Zaqueo no pudo sino pensar en las personas a quienes había defraudado. Él deseaba corregir sus transgresiones y repartir sus bienes entre los pobres y necesitados. Eso es la santificación como fruto de la obra de Dios. No fue obra de Zaqueo, y nunca será obra del hombre. El pueblo de Dios es transformado por el poder de la gracia de Dios. Oh no, no se vuelven pasivos; antes, se esfuerzan y luchan. Pero tienen que aprender, una y otra vez, que todo debe venir de Su parte. Es Su obra. Por lo tanto, la última parte de los Doce Artículos de nuestra Fe Cristiana no se trata del cristiano y su santificación, sino de Dios el Espíritu Santo y nuestra santificación.

Estas, entonces, son las tres partes del Credo Apostólico: de Dios el Padre y nuestra creación, de Dios el Hijo y nuestra redención, y de Dios el Espíritu Santo y nuestra santificación. Es —por decirlo con una palabra difícil— una división trinitaria. ¿Sabemos lo que esto significa? Quizás hayan escuchado de la Sociedad Bíblica Trinitaria (SBT). ¿Qué tipo de sociedad bíblica es esta? Es una sociedad que desea promover la distribución de las Escrituras en traducciones sanas. Para nuestro mundo hispanohablante, esa revisión es la *Reina Valera-SBT*.² En muchas traducciones modernas, la verdad de la Trinidad se ve socavada. La Sociedad Bíblica Trinitaria, sin embargo, desea mantenerse sobre el fundamento de la verdad, incluyendo la verdad de que Dios es Trino.

² El original (inglés) lee así: “Para nuestro mundo de habla inglesa, esa es la Versión King James (KJV), o la Versión Autorizada, de la Biblia.”

Para más información acerca de la Sociedad Bíblica Trinitaria y de la *Reina Valera-SBT*, puede consultar su página web: www.sociedadbiblicatrinitaria.org.

Por eso han elegido el nombre “Sociedad Bíblica Trinitaria”. Usted puede oír la palabra “Trinidad” en ese nombre. Si usted observa los Doce Artículos de nuestra Fe Cristiana, también puede ver la Trinidad: “Creo en Dios Padre Todopoderoso ... Creo en Jesucristo su único Hijo ...” y “Creo en el Espíritu Santo”. Allí está la Trinidad. Los Doce Artículos tienen una división trinitaria, firmemente basada en la Palabra de Dios.

De hecho, el Credo Apostólico es un desarrollo de lo que encontramos en Mateo 28. Cuando el Señor Jesús envió a Sus apóstoles al mundo, Él dijo: *“Por tanto, id y enseñad a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”* (versículo 19). Esas palabras se oyen cada vez que se administra el bautismo. Cuando el agua es rociada sobre las cabezas de nuestros pequeños hijos, se pronuncian estas palabras: “en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”. El Credo Apostólico es un desarrollo de esto, una elaboración de la fórmula baptismal encontrada en Mateo 28.

Segundo pensamiento. Lo que el Señor revela en Su Palabra.

¿Cómo sabemos que Dios es Trino? Si han escuchado bien, la respuesta no es difícil. No lo sabemos, en primer lugar, de nuestra Confesión. Si solo fuera una parte de nuestra doctrina, alguien aún podría decir: “¿Está también en la Biblia?” Sin embargo, sabemos que Dios es Uno y a la vez Tres en Uno porque Él así lo reveló en Su Palabra. Necesitamos la Biblia para saber esto y confesarlo. No necesitamos la Biblia para saber que Dios existe. Todos pueden verlo al observar las obras de Sus manos. En lo profundo del corazón humano hay un conocimiento innato o interno de Dios y de Su grandeza. ¿Lo recuerdan de la catequesis? Cuando miramos a nuestro alrededor, podemos ver que hay un Dios, que ese Dios es grande y que es un Dios sabio y poderoso. Todos lo saben. Aún si vamos a las regiones más remotas de la tierra, a regiones montañosas o selvas inaccesibles, difícilmente encontraremos una tribu que no tenga una religión. Sabemos que hay un Dios, un Creador, Alguien que gobierne y dirige nuestras vidas. En nuestra sociedad moderna uno puede encontrarse con ateos, personas que niegan que haya un Dios. Los ateos no nacen ateos, sino que se hacen ateos. Según la Biblia, el necio dice en su corazón: *“No hay Dios”* (Salmo 14:1). Lo dice en su corazón. *Quiere* creer que no hay un Dios que todo lo ve. El Rev. Hellenbroek escribe: “Es más un deseo que una creencia real”. El necio lo dice en su *corazón*. No lo dice en su *mente* o en su *intelecto*, sino en su corazón porque no quiere postrarse ante el Señor y obedecer Sus leyes. Ese es el problema. El problema no es que sea muy difícil creer que hay un Dios, sino que el problema con ustedes y conmigo, por naturaleza, es que no queremos postrarnos ante Dios. No queremos tener un Señor y Maestro sobre nosotros. Deseamos ser libres. Solo queremos creer aquello que entendemos. *“Dijo el necio en su corazón: No hay Dios”* (Salmo 53:1). Sin embargo, en lo profundo de su corazón, el necio sabe que Dios está allí y que Su juicio se acerca, aunque intente suprimir estos pensamientos.

No necesitamos la Biblia para saber que hay un Dios, pero sí necesitamos la Biblia para saber que Dios es Trino. No sabemos esto desde nuestra conciencia, desde nuestro intelecto o desde la creación; lo sabemos únicamente porque Dios lo ha revelado en Su Palabra.

Eso es lo que aborda la segunda pregunta, la Pregunta 25: “Si no hay más que una Esencia Divina, ¿por qué nombras tres: Padre, Hijo y Espíritu Santo?” ¿Entienden la pregunta? “Si no hay más que un solo Dios, ¿por qué entonces hablamos del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo? ¿No es esto una contradicción? ¿No dijo el Señor Jesús en Su oración Sumo-sacerdotal: *‘Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien enviaste’*? (Juan 17:3). ¿Y no era la confesión de Israel: *‘Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es’*? (Deuteronomio 6:4). ¿Por qué, entonces, hablamos de tres?”

A veces los llamados Testigos de Jehová plantean esta pregunta. Ellos dicen que el cristianismo no es más que una forma de politeísmo, la adoración a más de un solo Dios, o una forma de paganismo. Los Testigos de Jehová siempre se enfocan en este punto. Recuerdo algo que sucedió hace muchos años. Fue un domingo, después del culto de la mañana, cuando sonó el timbre. Esa tarde tenía que predicar este mismo Domingo 8 —de la Trinidad de Dios. En la puerta estaban dos personas: Testigos de Jehová. La revista que ofrecían llevaba un título sugestivo: “¿1+1+1 es igual a 1?” Lo que intentaban decir era esto: “La gente de la iglesia es tonta. En el colegio les enseñan que 1+1+1 es igual a 3; sin embargo, cuando asisten a la iglesia, de repente les hacen creer que 1+1+1 es igual a 1.” Les invité a congregarse con nosotros en la iglesia esa tarde para escuchar un sermón acerca de la Trinidad, pero lucían incómodos y rechazaron la invitación. Sin embargo, aún querían que yo les explicara cómo Dios puede ser Uno y al mismo tiempo Tres. “No lo voy a explicar”, les respondí, “Es algo que yo tampoco puedo comprender. Lo creemos porque la Biblia lo dice. La fe no es matemáticas, y Dios no es Alguien a quien podamos comprender. Si usted puede comprender a Dios, tiene un Dios muy pequeño. Además, hay otras cosas que no podemos comprender con nuestra mente oscurecida y limitada; por ejemplo, la unión entre un esposo y su esposa, entre dos personas que se aman profundamente. En Génesis 2, la Biblia nos dice que estos dos *‘serán una sola carne’* (versículo 24). Por favor, explíquenme eso. ¿Cómo puede el Señor decir acerca de estos dos seres humanos, cada uno con su personalidad distinta, *‘y serán una sola carne’*?” No recibí ninguna respuesta a mi pregunta.

Ciertamente, congregación, la unión entre un hombre y su esposa no puede compararse con la Trinidad. Sin embargo, el ejemplo nos demuestra que hay más cosas entre el cielo y la tierra que no podemos comprender. El amor también es algo que no podemos explicar. ¿Puede usted? Es una gran bendición si usted realmente ama a su esposa, su esposo o su prometido, pero no puede explicar qué es el amor. Puede señalar un libro, observarlo desde diferentes ángulos, sostenerlo, e incluso pesarlo, pero ¿qué es el amor? No puede explicarlo. Puede conocerlo por experiencia y vivirlo, pero no explicarlo. Y si no usted sabe lo que es el amor, no le servirá de nada si alguien le da una definición. Este es el punto aquí. No podemos explicar que Dios es uno

en Esencia y, sin embargo, tres en Personas. Hay una sola Esencia divina; hay un solo Dios, pero Él se ha revelado como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Eso es lo que creemos. Bienaventurados aquellos que pueden ver la salvación en el Dios Trino. Benditos aquellos que pueden adorar a este Dios, a quienes —como Juan el Bautista en el río Jordán— les es dado admirar a este Dios grande y glorioso.

Sin embargo, nuestro Catecismo plantea una pregunta. Es la misma pregunta que formulan los Testigos de Jehová, pero aquí no es una pregunta capciosa. No es una pregunta motivada por la curiosidad, sino una pregunta ardiente: “Si no hay más que una Esencia Divina, ¿por qué nombras tres: Padre, Hijo y Espíritu Santo?” Para un pagano, esta ni siquiera es una pregunta. Él puede servir a numerosos dioses y no le preocupa si otros adoran a más de un solo Dios. No le importa si otros piensan en tales cosas. Sin embargo, para un cristiano, para un verdadero creyente, la pregunta de nuestro Catecismo es de suma importancia. Todo depende de ello —todo— de saber quién es Dios. Toda su salvación depende de la pregunta de si el Señor realmente es Dios, sí, el único Dios. ¿En quién más puede apoyarse y confiar? No puede servir a dos dioses; no puede amar a tres dioses. Es similar cuando uno está casado o considerando el matrimonio. Si no están seguros de si realmente se aman mutuamente, por favor, no se casen. No se precipiten en algo tan importante, tan solemne e inquebrantable. Realmente deben saber que él o ella es la única persona a quien aman y que él o ella le ama a usted. Entonces deben estar seguros de que él o ella es la única. Si hay una segunda persona a quien también ama, algo anda mal. Puede entregar su corazón a una sola persona, no a dos o tres. Si hay espacio para dos en su corazón, entonces no hay suficiente espacio para uno. ¿Entienden la comparación? O el Señor es todo para usted, o no es nada. En el Salmo 73, Asaf pudo decir: “¿A quién tengo yo en los cielos? Y fuera de ti nada deseo en la tierra” (Salmo 73:25).

¿Quiere la Biblia que creamos en tres Dioses? ¿Hay uno o hay tres? Esa es la pregunta del Catecismo. Si Dios es uno solo, ¿por qué entonces hablamos del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo? La respuesta es muy clara: “Porque Dios se manifestó así en Su Palabra, de manera que estas tres personas son el único, verdadero y eterno Dios.” ¿Lo escuchan? La respuesta no es: “lo explicaré a detalle”. No, no lo podemos explicar, pero el Señor lo ha dicho. Por eso debemos creerlo. De hecho, la gente ha intentado explicarlo. Algunos han intentado hacer una comparación. Dicen: “Muchas cosas se componen de tres partes. Piensen, por ejemplo, en un árbol —hay un tronco, una copa y las raíces. Es lo mismo con Dios.” Eso es lo que dicen. Sin embargo, tales comparaciones en realidad no nos ayudan. El Señor dice: “¿A quién me asemejáis, y me igualáis, y me comparáis para que seamos semejantes?” (Isaías 46:5). Dios no puede ser comparado a ninguna cosa aquí en el mundo. Deberíamos simplemente ir a la Biblia y con labios titubeantes repetir lo que el Señor ha dicho en Su Palabra. Debemos hacer eso con asombro y reverencia, con la confianza y la fe de un niño.

¿Qué dice la Biblia? Dios es uno en Esencia, y, aun así, es Trino. Leemos en Génesis 1: *“Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza”* (versículo 26). En el Salmo 110:1 leemos: *“Jehová dijo a mi Señor”*. David escuchó a Jehová hablar a su Señor. En otras palabras, el Padre (la Primera Persona) habló a Cristo (la Segunda Persona): *“Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”* (Salmo 110:1). Isaías 61:1 dice: *“El Espíritu del Señor Jehová [esto es, la Tercera Persona] está sobre mí [esto es, el Mesías, la Segunda Persona], porque me ungió Jehová [esto es, el Padre].”* Allí tienen a las mismas Tres Personas de nuevo, ya en los días del Antiguo Testamento.

En el Nuevo Testamento esto se vuelve aún más claro. El Dios Trino no solo se reveló en el bautismo de Jesús en Mateo 3, sino que puede encontrarse en muchos lugares a lo largo del Nuevo Testamento. Veamos solo algunos. Por ejemplo, en Efesios 4 leemos: *“Un cuerpo y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, quien es sobre todas las cosas, y por todas las cosas, y en todos vosotros”* (Efesios 4:4-6). Y en 1 Pedro 1:2 —por no mencionar más lugares— el apóstol habla a *“los elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo”*. Allí lo podemos ver de nuevo: hay un solo Dios, quien, sin embargo, se revela como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El Padre no es el Hijo, y el Hijo no es el Espíritu Santo; sin embargo, es un solo Ser divino.

Congregación, permítanme decirlo con toda reverencia: la Trinidad de Dios implica que Él no está solo ni es solitario. Dios es completamente autosuficiente. En Él hay un vínculo de amor. Hay una comunión —una comunión celestial y divina. El Padre y el Hijo están unidos en el vínculo del Espíritu. Es un concepto conmovedor, ¿verdad? Dios no necesita al hombre para estar completo. Nosotros necesitamos a otros para estar completos, pero Dios no necesita al hombre para ello. Sin embargo, este gran y autosuficiente Dios no quiso estar sin el hombre. ¡Qué maravilla! Le agradó magnificarse en las vidas de los seres humanos, crear al hombre y glorificarse en los corazones de criaturas pecadoras. Dios busca comunión con el hombre, y quiere comunicar Su propia vida a pecadores. ¡Una maravilla incomprensible! ¿Es una maravilla para usted? ¿Se ha convertido esto en una maravilla en su vida?

Esto nos lleva a nuestro último punto: lo que los hijos de Dios experimentan en sus corazones. Pero antes de considerarlo, cantemos juntos primero del Salterio 183:2.

* * * * *

Tercer pensamiento. Lo que los hijos de Dios experimentan en sus corazones acerca del Dios Trino.

Quizás usted diga: “El Domingo 8 no habla acerca de lo que los hijos de Dios experimentan en sus corazones en cuanto a la Trinidad”. Y parece que es cierto. Sin embargo, no olvidemos que el Catecismo de Heidelberg es un libro de consuelo que siempre presenta las enseñanzas de la Palabra de Dios desde una perspectiva práctica. Encontramos lo mismo en nuestra Confesión de Fe. Al hablar de las tres Personas, el Artículo 9 dice: “Sabemos todo esto, así por los testimonios de la Sagrada Escritura, como también por sus operaciones [las operaciones de estas tres personas], y mayormente [¡escuchen bien!] por aquellas que en nosotros sentimos.”³ Así que, lo que Dios ha revelado en Su Palabra es confirmado por el Espíritu Santo en el corazón.

Esto sucede cuando el Señor los convierte, jóvenes. ¿Qué piensan ustedes? Cuando el Señor abre sus ojos, ¿dirán de inmediato: “Veo algo de estas tres distintas Personas”? No, al inicio no ven nada de eso. Quizás lo hayan aprendido en los libros, pero solo eso. Cuando el Señor entra en mi vida, no veo una distinción entre esas tres Personas. ¿Qué veo? Que hay un Dios vivo, un Dios santo, y que soy una criatura pecadora —¡que hay una gran brecha entre Dios y yo! Oh, ahora he sido llevado a amar a este Dios, pero no lo conozco, y he pecado contra Él; lo he provocado delante de Su Rostro. ¿Me entienden? ¿Es esa también su tristeza y preocupación? “No conozco a Dios y anhelo conocerlo, pero ¿cómo llegaré al conocimiento de este Dios? ¿Cómo encontraré paz con Él?” Eso es lo que aprendemos cuando el Espíritu Santo comienza a obrar. No sabemos que es el Espíritu Santo quien ahora está obrando en nuestras vidas. Esa bendita Tercera Persona es la primera que obra, pero es la última en ser conocida. Sin embargo, cuando Él obra, no será sin efecto. Entonces vemos que Dios nos creó buenos y a Su imagen. Adornados con Su imagen, procedimos de Su mano, pero nos hemos apartado del Señor. Nos hemos destruido a nosotros mismos. Oh, ver esto nos hace inclinarnos a Sus pies y presentar nuestra súplica ante nuestro Juez. Sí, si el Señor continúa Su obra en nuestra vida, entonces debemos decir: “Señor, Tú eres justo si esa brecha que hay entre Tú y yo permanece para siempre y si Tu ira reposa sobre mí eternamente”. Entonces somos quebrantados por Su ira y juicio (Salterio 140:4).

Congregación, esto es lo que aprende el pecador cuando Dios obra en su vida. Entonces aprende que no puede mantenerse en pie ante Dios. Oh, ¿dónde se esconderá? ¿Dónde encontraría jamás un lugar de refugio si sólo existiera esa Primera Persona, Dios, el Juez del cielo y de la tierra? ¿Dónde hallaría salvación si no existiera la Segunda Persona, si no hubiera ningún Salvador, ningún Redentor, ningún Jesucristo? Pero, oh, sus ojos están cerrados para esa Segunda Persona. Dios debe revelarlo. Dios mismo debe hacérselo conocer. Y, a Su tiempo, lo hará en la vida de ese pecador con corazón quebrantado, ese pobre y necesitado. Él le revelará a Cristo. ¿Saben lo que esto significa? Oh, cuán precioso es cuando, por primera vez en su vida, usted puede contemplarlo. Usted ha *escuchado* acerca de Él muchas veces, pero ahora lo ve por fe; ahora Él aparece por Su Palabra y Espíritu como un Salvador perfectamente idóneo para pecadores que no tienen nada sino culpa. Qué bendición inefable es recibir una visión de ese Cristo que se ha comprometido a redimir a los pecadores y entregar Su vida por enemigos.

³ Confesión Belga, Artículo 9.

¡Inexpresable! Él ha satisfecho la justicia de Dios, y en Su sangre ha abierto el camino a la comunión con el Señor.

¿Saben ustedes lo que significa estar ante esa brecha y aceptar con todo su corazón que Su justicia exige nuestra muerte? Oh, ya no había un camino de usted hacia Dios, y no podía creer que hubiera un camino de Dios hacia usted. Pero entonces, se abrió un camino en Otro, en Aquel que dijo: *“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida: nadie viene al Padre, sino por mí”* (Juan 14:6). Cuando se derramó luz sobre esa Segunda Persona y sobre Su obra mediadora, usted exclamó: “Ahora yo también puedo ser salvo, aunque soy el más vil de los pecadores y un leproso desde la coronilla de mi cabeza hasta la planta de mis pies.” Era imposible para usted ser salvo, pero cuando un camino se abrió en Cristo y el Espíritu Santo lo reveló a sus ojos, su corazón saltó por dentro. Comenzó a amarlo. Se convirtió el anhelo de su corazón conocerlo: “¡Dame a Jesús, si no, muero!” Lo había visto, pero aún no era suyo. ¿Lo entienden? ¿Es también su pregunta: “¿Cómo se convierte ese precioso Salvador en *mi* Salvador?”

No pierda la esperanza, pobre alma. Hay razón para esperar y regocijarse. ¿Por qué? ¡Porque hay una Tercera Persona en la bendita Trinidad! Oh, ¡piensen en ello! Todo seguiría siendo en vano si no hubiera la Tercera Persona, si no hubiera el Espíritu del Padre, el Espíritu del Hijo. Por naturaleza, no hay espacio para Cristo en nuestros corazones. No había lugar para Él en el mesón, ni tampoco para José ni para María. No hay espacio para Él en nuestros corazones, seamos mundanos o religiosos. Pero es ese bendito Espíritu —y aquí está la maravilla de la Tercera Persona— quien nos despoja de toda justicia propia, quien hace que el pecado y la culpa se conviertan en dolor en nuestras vidas, y quien reprende y convence de pecado, de justicia y de juicio. Es ese mismo Espíritu quien pone al pecador orgulloso en el polvo, de modo que se convierta en un mendigo —un mendigo vacío, pobre y culpable. Pero es también esa Tercera Persona quien revela a Cristo en la Palabra de Dios bajo la predicación de ella. Cuando Cristo comienza a resplandecer en toda Su gloria, mostrándose como absolutamente necesario, perfectamente adecuado, infinitamente precioso y totalmente dispuesto a salvar aún al peor de los pecadores, entonces es el Espíritu Santo quien dirige al pecador quebrantado hacia Él. Es como si el Espíritu Santo dijera: “¡Es Él, es Él! Cristo es el único que te puede salvar; sí, Él te puede salvar perpetuamente porque es el Salvador perfecto”.

Congregación, ¿alguna vez se ha sentado en la iglesia de esta manera? Entonces parece que el tiempo se detiene. La Palabra cae como lluvia sobre el corazón sediento. Entonces anhelan Su justicia, Su sangre, Su comunión, Su dominio, Su guía. Y no solo esto, sino que el Espíritu Santo, esa Tercera Persona, también es Quien puede unir a Cristo y al pecador —ese hermoso y precioso Esposo por un lado, y ese pecador impío por el otro. Él los une por medio de una fe dada por Dios. Él lo puede hacer. Oh, si no fuera así, sería un caso perdido para Sion, porque sin fe es imposible agradar a Dios, y ellos no tienen fe en sí mismos; no tienen los brazos para poder abrazarlo. Pero es el Espíritu Santo quien toma a un pobre pecador del corazón y de la mano y

lo lleva a la cuna de Belén para contemplar la salvación del Señor. Es el Espíritu Santo quien da conocimiento de Cristo en Su amor condescendiente y en Su profunda humillación. Él pone al pecador ante la ley. Lo despoja de todas sus obras, de toda su justicia, y hasta de su propia vida, para que se encuentre en la muerte. Pero es también ese bendito Espíritu quien revela que Cristo ha hecho una obra perfecta. Oh, es tan perfecta; no falta nada en esa obra. Ese manto de justicia, esa túnica de salvación ha sido tejida por el Señor Jesús desde Sus propias entrañas cuando Él estaba colgado en la cruz. Tuvo que clamar: *“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”* Es el Espíritu quien nos permite verlo a Él y lo hace completamente deseable. Él guía a un pecador cargado de culpa hacia la cruz y lo lleva al sepulcro abierto para asegurarle que su culpa ha sido removida, que un Juez airado está satisfecho y que jamás tendrá ira contra Su iglesia.

Es ese Espíritu de Dios, congregación, Quien da acceso al Padre, Quien no solamente guía al pecador a Cristo, sino que también lo guía, a través de Cristo, al Padre. Oh, qué maravilla tan incomprensible cuando un hijo pródigo, un hijo rebelde, un hijo perdido, puede ser restaurado en esa comunión rota con Dios y recibir un lugar dentro de los muros de Su casa y un nombre mejor que el de hijos e hijas (Isaías 56:5). Es una gran maravilla, pueblo de Dios, cuando el Espíritu los toma y los coloca ante el corazón paternal de Dios, para que reciban una bienvenida al hogar del Padre y puedan adorar esa maravilla de la cual habla el apóstol: *“porque por medio de él los unos y los otros [los judíos y los gentiles] tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre”* (Efesios 2:8).

Esto es lo que los hijos de Dios pueden experimentar —unos más que otros— de esa bendita Trinidad. ¿Quién de nosotros se atrevería a decir: “La verdad del Domingo 8 es una verdad aburrida”? Oh, es una verdad llena de consuelo. La verdad de la Trinidad de Dios está llena de significado y ánimo para toda la iglesia de Dios en todos los siglos. Es el fundamento de la redención y la liberación. Dado que todo depende de esto, leemos en el Credo Atanasio: “Esta es la fe católica: quien no la creyere fiel y firmemente no podrá salvarse”.

Podemos comprender fácilmente por qué esta verdad ha sido tan atacada, tanto en la iglesia primitiva como hoy en día. Ya hemos oído de los Testigos de Jehová, pero piensen también en los llamados cristianos liberales y en los musulmanes. Ellos tampoco creen que Dios es Trino. El “Dios” de los musulmanes es solo un creador, pero no un redentor ni un santificador. No saben nada acerca de la encarnación del Hijo de Dios ni del derramamiento del Espíritu Santo. No hay Navidad, no hay Viernes Santo, no hay Pascua y no hay Pentecostés. Sin embargo, el Dios vivo es diferente. No es como Alá. Es el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Es el Padre de nuestro Señor Jesucristo. Es el Altísimo, el Sublime, Aquel que habita en la eternidad; pero también Aquel que desciende para habitar con los de corazón quebrantado y espíritu humilde.

Vengan, díganme, ¿es Él ya su Dios? Esa es la gran pregunta, ¿verdad? Consideren los pronombres posesivos utilizados en la Respuesta 24: “De Dios Padre y de *nuestra* creación. La segunda: De Dios Hijo y de *nuestra* redención. La tercera: De Dios Espíritu Santo y *nuestra* santificación.” Es un asunto personal. Por naturaleza, no tenemos esperanza, ni a Dios, ni futuro. Oh, rueguen al Señor que les enseñe. ¿Doblarán las rodillas esta noche orando: “Señor, no te conozco, pero, por favor, revélame a mí como ese Dios grande y justo, y haz espacio en mi corazón para esa Segunda Persona por la obra de Tu Espíritu”? La mayoría de ustedes han sido bautizados. Fueron bautizados en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Oren para que este Nombre pueda ser escrito en su corazón y que puedan llegar a ser personas tan felices como lo son los hijos de Dios. ¿Por qué son tan felices? Porque participan de las bendiciones, los beneficios y la comunión de un Dios Trino. Ellos tienen un Dios *sobre* ellos —esto es, el Padre; pueden conocer a Dios el Hijo *para* ellos— esto es, Emanuel; y también pueden conocer, en la medida en que el Señor lo conceda, a Dios *dentro* de ellos —esto es, el Espíritu Santo. ¿Ahora entendemos por qué la eternidad no será demasiado larga para los hijos de Dios para cantar Sus alabanzas, para adorarlo y exaltarlo hasta lo sumo? Entonces, su canción siempre será: “¡Gloria a Dios el Padre, quien nos escogió en su amor electivo! ¡Gloria a Dios el Hijo, quien nos amó en su amor redentor y expiatorio! ¡Y gloria a Dios el Espíritu Santo, quien nos atrajo, quien nos dio vida, quien nos unió a Cristo, quien nos renovó y nos preservó hasta el final!” Entonces, la iglesia será perfeccionada en el Dios Trino y le dará gloria a Él por los siglos de los siglos. Amén.

Salterio 413:1-2